

Los símbolos del poder

el individuo y el Estado



Desde que surgieron las primeras sociedades neolíticas, y quizá ya antes en los grupos del paleolítico, las elites del poder, civil y religioso, fueron desarrollando un lenguaje simbólico propio e identificativo que rápidamente se expresó a través de las artes como forma de permanencia. Aquellos que portaban estos símbolos escindían, a través de su uso, su condición particular de individuos de la pública como encarnación del Estado, actuando en la historia más por lo que representaban que por quienes eran. Estos símbolos sintetizaban todo aquello que podía dar cohesión a las sociedades, encarnando sus idearios y sus pretensiones políticas o espirituales. Bajo su sombra se convocaron la guerra y la paz, se produjo el homicidio o se procuró el cuidado de los desfavorecidos, se llevó a la destrucción y se organizó la reconstrucción, se promocionaron la libertad y la opresión o la ignorancia y la cultura. Con el tiempo, el individuo como encarnación del Estado dio paso al Estado como encarnación de los individuos, y entonces los símbolos cambiaron su semántica aunque no tanto su morfología. Asomarnos a este lenguaje simbólico es hacerlo a la evolución de los sistemas de organización social de los hombres en búsqueda de la justicia y la libertad. Un proceso en el que las artes juegan un rol determinante de divulgación y afirmación.